Estampas de guerra

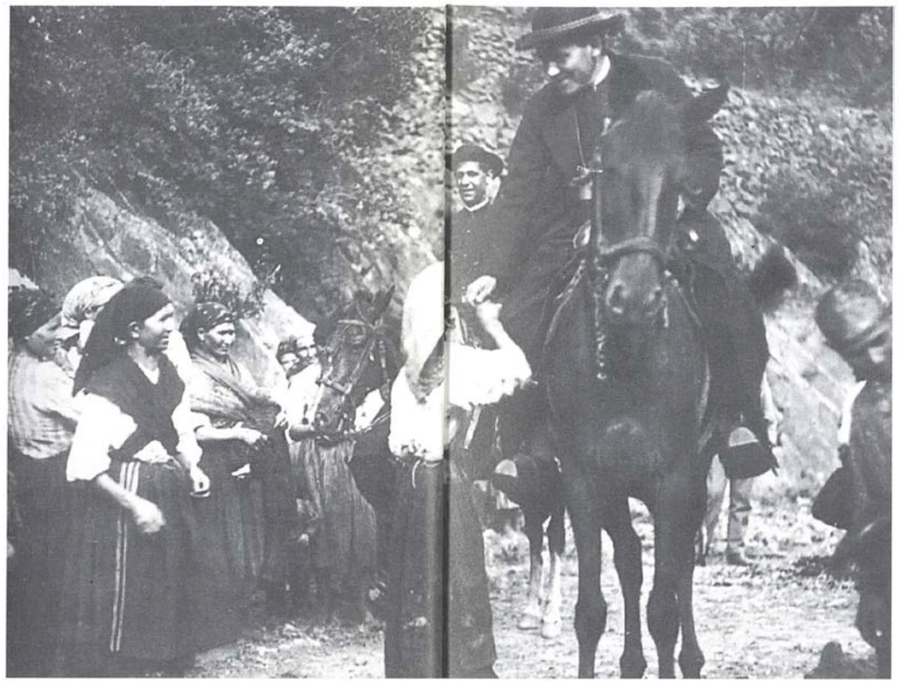
La ocultación o la adulteración de hechos históricos pasa, a menudo, por el oscurecimiento de gestas colectivas en el exclusivo beneficio de dirigentes políticos o jefes militares. En nuestro caso —en la Historia de España de este siglo y en particular la del período 1936/1939— la falsificación o el silencio pretenden sepultar, entre otras particularidades, la admirable simbiosis de personas procedentes de distintas clases sociales en un proyecto revolucionario, con una despiadada guerra muy presente. Primero, en el solar natal y acto seguido en tierras exóticas, donde, pese a luchar bajo estandartes extranjeros, nuestros compatriotas lograron el pleno respeto a su talante progresista y el poder seguir haciendo patente su alergia a yugos de cualquier especie.

Barcelona, verano de 1985. Palabras de Juan Marichal: «Ocurrió algo que guardo como un preciado recuerdo. Había un campesino extremeño, analfabeto, muy malherido, con una herida terrible, en la batalla de Teruel. La mitad de las aulas del Instituto de Valencia, donde yo estudié en el curso 1937-1938, habían sido habilitadas en hospital de sangre. Mi habitación era contigua a la del extremeño. Al no poder conciliar el sueño, a causa de las incesantes quejas del herido, pasé a su habitación. Al poco rato empezó a explicarme por qué había luchado y me dijo:

«Al principio empuñé las armas creyendo que iba a defender la libertad de España, pero al encontrarme en las trincheras con gentes de tantos países —se refería a las Brigadas Internacionales— me di cuenta de que en España estamos defendiendo la libertad del mundo.» Viendo lo que era aquel hombre, pensaba yo lo extraordinario de aquel caso, el de un hombre que lo había dado todo, sin recibir nunca nada, porque la República en su pueblo no había podido hacer nada. Su vida era la del desprendimiento humano más absoluto. Aquel soldado de la Libertad falleció horas después. Para sorpresa de muchos, y no sé, mi querido amigo, si decirle esto, porque podría parecerle a usted un tanto aburrido, pero la verdad es que yo recuerdo la guerra de España como algo muy noble para muchas personas que lo dieron todo. Estoy hablando de la España republicana, claro.»

Enero de 1938. Hospital de Campaña de Colmenar Viejo. Llevaba yo allí hospitalizado casi un mes, entre heridos de un sinfín de nacionalidades. Al ser el único hospital del sector que dispusiera de un servicio para congelaciones: el de las Brigadas Internacionales. Años más tarde —cuando yo andaba metido en lo de la Historia Oral— me enteré de que el organizador de dicho servicio fue el médico catalán Joaquín Nubiola.

En la guerra de España se enfrentaba la poesía, que era la vida, y el analfabetismo, el mejor aliado del fascismo; o sea: la muerte…



En septiembre de 1937, en la finca Fuente Lámpara, de Zarzalejo —en el Guadarrama occidental—, a un kilómetro apenas de las trincheras, Rafael Alberti nos había recitado poesías de García Lorca y suyas y animado una charla con soldados de la 105 Brigada Mixta. Existe una fotografía, ya histórica, en la que ve al poeta gaditano recitando, con docenas de combatientes sentados a su alrededor y en los techos de las casas y las cuadras de la finca. Uno tuvo la inmensa suerte de estar allí.

En enero de 1938 disfrutaríamos de la presencia de otro poeta: de Miguel Hernández —Comisario de Cultura de la 46 División—, que acababa de llegar de la Unión Soviética. La charla-coloquio giró en torno a la misión de los Comisarios y los Milicianos de la Cultura y se celebró en la Escuela de Capacitación de Mandos del V Cuerpo de Ejército, sita en El Escorial. Recuerdo que empezó proclamando que lo nuestro no tenía nada que ver con ninguna guerra; que en la guerra de España se enfrentaba la poesía, que era la vida, y el analfabetismo, el mejor aliado del fascismo; o sea: la muerte. Y que, por ello, nos incitaba a unos y otros —yo me contaba entre los Milicianos— a tratar de expresar, poéticamente, no sólo nuestros estados de ánimo, sino también, y ante todo, nuestros anhelos, nuestras ilusiones y nuestras esperanzas. Incluidas las de aquellos que todavía no habían aprendido a leer y a escribir; ya que para eso estábamos nosotros, para ayudarlos a exteriorizar sus sentimientos. «Se puede poetizar de la misma forma que se canta sin conocer solfeo. Lo esencial es tener el corazón en su sitio, un poco de sensibilidad y el afán de compartir con los demás lo mejor de uno mismo», nos puntualizó el poeta de Orihuela. Virtudes de las que, al decir de Miguel Hernández —y nosotros lo pudimos comprobar desde el Guadarrama al Ebro, pasando por el Segre—, nuestras gentes estaban bien dotadas. Luego adujo unos cuantos datos, como la creación de Bibliotecas del Combatiente —en la zona Centro habían pasado de 10, en enero, a 58 en julio de 1937—; los cerca de cien diarios de unidades en línea, sin contar los murales. Y los 75.000 soldados alfabetizados, en un año, en el frente de Madrid.

Lluis Montanyá, poeta surrealista catalán de la primera hora, excelente periodista y organizador, en 1936, de los primeros *Bibliobuses para el Frente*, apenas conoció la realidad cultural en las trincheras republicanas, proclamó: «la única poesía genuina que yo conozco es la que escriben cientos, miles de milicianos en el frente, porque son la vida misma. Todo lo que se ha escrito antes, salvadas las excepciones de rigor, tan raras como valiosas, sólo eran el producto de gentes versificadoras que no conocían otras formas de matar el tiempo».

También nos recomendó que las veladas culturales, en las chabolas-escuela, las centrásemos en las vivencias de nuestros soldados y sus familias, contadas por ellos. Y, muy particularmente, escuchando a los campesinos, que debían ser los verdaderos adelantados de nuestra revolución; que teníamos que esforzarnos por romper el funesto aislamiento entre los trabajadores del campo y de la ciudad. «Así, nos recalcó, se echarán los cimientos de la empresa revolucionaria: transformar el mundo y

crear una sociedad más justa y más libre. Porque aquí, en estas trincheras, donde se mezcla la sangre de hombres y mujeres de medio mundo, no estamos solamente defendiendo nuestra libertad, sino la del mundo entero.» Lo dijo casi con las mismas palabras del campesino extremeño, el que murió en los brazos de Juan Marichal, un estudiante llamado a ser uno de nuestros más preclaros pensadores; primero en el exilio y después en España.

Por aquellos días acababa de recibir un libro —por mediación del *Hogar del Soldado Catalán* en Madrid, enviado por los Servicios de Cultura en el Frente de la Generalidad de Cataluña—, titulado «Presencia de Catalunya». Tras hacer alusión a él en el coloquio, Miguel

Hernández —que se acercó a mí atraído, sin duda, por mi cara imberbe y mis dos piernas escayoladas, me pidió que leyese algo del libro. Escogí un pasaje de la introducción: «Soldado catalán del Ejército de la República: Si te encontrases por los campos de Aragón, de Castilla o Andalucía, en una sencilla misión de paz, este libro podría titularse *Recuerdo Catalunya*. Hoy no. Por las tierras de la Nueva España, con el grito del fusil en las manos y el suspiro de las balas en el oído, caballero de un ideal de libertad y de civilización, mensajero de la nueva alborada, Cataluña no es para ti un recuerdo sino una suprema presencia... Este libro quiere acompañar la presencia de esa Cataluña presente en tu corazón. La Cataluña que defiendes con las armas en la mano por los campos y montañas de Aragón, Castilla y Andalucía. Defiendes tu libertad y la de tus hermanos. Defiendes la libertad de tu tierra y la libertad de la tierra de tus hermanos... Por tu pueblo, por los pueblos de tus hermanos, avanzas y luchas al lado de soldados castellanos, vascos, andaluces, manchegos, extremeños, asturianos, valencianos...»

Como colofón: una interminable cascada de preguntas sobre la Unión Soviética, cosa natural dada nuestra simpatía por el único país que ayudaba al pueblo español. Y nos recitó su «Viento del pueblo» con su voz infantil, mudada en clamor guerrero por la circunstancia, que ninguno de nosotros olvidaríamos mientras aletease en nuestros corazones un soplo de vida. Caló muy hondo el «No soy de un pueblo de bueyes / que soy de un pueblo que embargan / yacimientos de leones, / desfiladeros de águilas / y cordilleras de toros / con el orgullo en el asta. / Nunca medraron los bueyes / en los páramos de España.»

Para asentar bien lo de la simbiosis entre personas de clases sociales distintas, entre otras muchas, al aire de la revolución española 1936-1939, escogemos una muestra extremeña: «Mi padre era abogado y terrateniente en Fuente de León, un pueblo de Badajoz, al sur de Extremadura. Fue el primer hombre de su familia que hizo una carrera universitaria. Realmente tenía una vocación enorme por la cultura y a mí me educó de una manera un poco insensata. No me educó para ganarme la vida... qué se yo para qué. Era un hombre muy apasionado, que tenía unas reacciones tremendamente honradas. Por ejemplo: el primer día de nuestra guerra civil en casa. El sindicato del pueblo, enterado de que se habían sublevado los militares, se negó a segar para los ricos; pero hizo una excepción con mi padre, a pesar de que había sido alcalde con Primo de Rivera. Mi padre era un terrateniente medio y necesitaba diez segadores. Aquel día, en su finca, se presentaron doscientos. Le segaron la míes, se la dejaron en la era y se fueron sin cobrar. Yo, que estaba estudiando en Madrid, me fui al pueblo a ver qué pasaba, y al llegar me encontré a mi padre en la huerta, emocionado. Entonces me dijo: «Esto no puede quedar así». Y a la mañana siguiente regaló la finca al sindicato. Sólo por un gesto de caballero, que no podía admitir que nadie quedara por encima de él. Hecho esto se vino a Madrid y eso le salvó la vida, al ocupar el enemigo aquella zona. Aquel acto de generosidad insensata le colmó de felicidad, tomó una postura apasionada por el bando republicano y eso dio sentido a su existencia hasta que murió». Son palabras del ilustre biólogo Faustino Cordón recogidas por el periodista valenciano Manuel Vicent. ¡Menuda *poesía* la que escribieron, en el verano de 1936, los sindicalistas y el terrateniente de Fuente de León!

Otra estrella de la galaxia extremeña, con derecho al máximo esplendor, fue el pintor Timoteo Pérez Rubio, al que se confió la evacuación del Patrimonio Artístico Nacional, desde Madrid hasta la sede de la Sociedad de las Naciones, en Ginebra. Pérez Rubio era el presidente del Comité de Defensa del citado patrimonio, del que formaban parte: el cartelista valenciano Josep Renau, a la sazón Director General de Bellas Artes; el pintor Pablo Picasso, recién nombrado Director del Museo del Prado; la escritora y directora de la Guerrilla del Teatro, la castellana María Teresa León, y el poeta y dibujante andaluz Rafael Alberti, entre otros.

A primeros de noviembre de 1936 se iniciaba un largo periplo —de casi dos años y medio— para las cerca de 50.000 obras de arte (cuadros, esculturas, tapices, incunables...), en un viaje dramático —Madrid se enfrentaba con la primera gran ofensiva franquista para rendir la capital—, de noche, hasta Valencia. Luego, en los albores de 1938 —a punto de ser cortada la España republicana en dos, por tierras de Castellón—,

Se puede poetizar de la misma forma que se canta sin conocer solfeo. Lo esencial es tener el corazón en su sitio...

desde la capital levantina hasta Barcelona. Y más tarde, en enero de 1939 —en plena retirada de Cataluña— desde la ciudad condal hasta la frontera con Francia, con una breve parada en Figueras y en el ampurdanés castillo de Perelada. Para terminar, por tren y por carretera, hasta Ginebra, donde Pérez Rubio, además de entregar el patrimonio evacuado íntegro e intacto, remitió los documentos acreditativos que permitirían a España recuperar todos los objetos de arte depositados en tierras helvéticas por los servidores de la República española. Otra gran poesía protagonizada, sobre todo, por docenas de héroes anónimos —muchos de los cuales no habían pisado nunca un museo y algunos ni siquiera la escuela primaria—, los cuales, con su entrega y disciplina —por ejemplo, no fumar más que en las paradas y fuera del vehículo—, ganaron una intasable batalla cultural, para España y para el mundo.

París, agosto de 1944. El capitán de la 7.ª Compañía de Transportes Militares del Ejército Popular republicano, Manuel Huet Piera —un taxista barcelonés— me aseguró que tres de sus conductores eran extremeños y uno de ellos, Domínguez, fue su mano derecha. Participaron en el traslado de parte del Patrimonio Artístico —las cajas de incunables y objetos de arte más frágiles— desde la frontera franco-española hasta Suiza. A los tres los volvería a encontrar, el 24 de agosto de 1944, en los combates por la liberación de París —Huet Piera se batió en las barricadas parisinas—, como tripulantes del blindado «Guadalajara», de la Segunda División Blindada de la *Francia Libre,* mandada por el legendario general Leclerc. Tripulación formada íntegramente por extremeños. Estos, junto con miles de soldados de otras tierras ibéricas, formaban parte de aquella legión de hombres de pelo enmarañado, desaliñados, malolientes, con barba de pordioseros, de carnes escurridas, con el uniforme salpicado de sangre y plomo, los nervios machacados y el mirar de visionarios, que habían cruzado los Pirineos en las primeras semanas de 1939.

Hasta llegar a desfilar por los Campos Elíseos, los liberadores de París habían luchado y visto morir a sus mejores compañeros, en los fiordos de Noruega, en las orillas de los ríos sagrados del Cercano Oriente, en los bosques de Francia, en las montañas de Italia, y en las selvas y desiertos de Africa. Mientras otros españoles republicanos luchaban y morían en las sierras de España y en las estepas de Rusia. Reafirmando así, colmadamente, las palabras del pastor-poeta oriolano y las del campesino extremeño, rubricadas, en 1973, por André Malraux, ministro de Cultura francés, llamándonos «Quijotes planetarios», al pie del monumento erigido en la meseta de Glières, en honor de la guerrilla francesa de los Alpes, en cuyas filas luchó la *Sección Ebro* de los españoles. Una de cuyas diez bajas fue la del panadero cacereño Félix Belloso Colmenar, fusilado por los alemanes el 31 de marzo de 1944. ■

EDUARDO PONS PRADES
Historiador y periodista